

de "La Bordadita", junto a los de Fray Cristóbal de Torres y de Rafael María Carrasquilla y no cesará de hacer de él frecuentísima memoria en el decurso de las generaciones.

Pero ni la admiración que suscita su nombre, ni la gratitud de sus incontables alumnos, será bastante para colmar la oquedad de su ausencia, que es la que nos está dando la medida de lo que fue. Solo cabe desear de que el "Rector Magníficus", último de los grandes renacentistas de nuestro tiempo, dijo en ocasión memorable, en hora de honda conturbación de la Iglesia y de la Patria, para clausurar la oración fúnebre con que recibió las desterradas cenizas del Arzobispo Mosquera:

"¡Qué comience ahora la dominación de su ejemplo!"



## JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Por **Alfredo Vázquez Carrizosa**

Director de "La República"

Entre los colombianos ilustres de los últimos tiempos que han descollado por su saber, su elocuencia y su patriotismo, estaba Monseñor José Vicente Castro Silva, dignísimo Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. El ilustrado sacerdote regentaba el histórico plantel desde la muerte de su eminente antecesor, Monseñor Rafael María Carrasquilla, y ocupaba la más destacada posición en la Iglesia colombiana y en las letras.

Varón eminentísimo fue Castro Silva. Quienes tuvimos la suerte de escuchar sus lecciones pudimos admirar la fácil dicción, la elocuencia, el dominio admirable de la filosofía aristotélica y tomista que explicaba como el mejor de los maestros. Aquellas lecciones le permitían administrar la docencia en una verdadera cátedra de sabiduría y continuar la tradición de Rafael María Carrasquilla, profesor inigualado y director de conciencia de generaciones que derivaron su formación cristiana, su educación y vocación para el derecho, de las horas de clase del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Hermosa tradición la de ese plantel que vio el despertar de la república civil, en cuyas aulas dialogaban José Celestino Mutis, el gaditano, profesor de ciencias y los jóvenes estudiantes de la que sería, en pocos años, al terminar el Siglo XVIII, una generación prócer. Los Camachos, Zeas, Nariños, Lozanos, Restrepos y Caldas eran discípulos de un maestro español que rompía las tinieblas de la ignorancia y le infundía el amor del cultivo de las ciencias a los mozos que por ese camino debían descubrir la libertad y los derechos del hombre y del ciudadano, al propio tiempo que la riqueza y feracidad de nuestro suelo, la variedad de nuestros climas, la altura de nuestras montañas y la posición astronómica de nuestras mesetas.

El Colegio Mayor del Rosario, como el de San Bartolomé, fueron dos hervideros de ideas nuevas, cunas de la independencia nacional. No pocos acontecimientos políticos tendrán su origen en esas aulas. En aquel claustro de Fray Cristóbal de Torres, o en el patio de San Bartolomé, a la sombra de la cúpula

de la que fuera llamada Iglesia de San Carlos, la juventud hizo proyectos de combates contra el General Melo, habló de la arrogancia marcial del General Obando, la altivez castellana de Tomás Cipriano de Mosquera, las ideas de Murillo Toro o de Rafael Núñez. Colegios fueron estos, en nuestro Siglo XIX, en el más alto sentido académico. Y foros de inquietudes y esperanzas, por añadidura.

Con Rafael María Carrasquilla, el Rosario se especializa en las humanidades. Es la mejor facultad de letras y jurisprudencia del país y, sin hipérbole, una de las más autorizadas de América. La estrechez de sus aulas no era sino una ventaja para hacer más directo el diálogo entre el maestro y sus alumnos. Con Castro Silva esa tradición se mantuvo intacta y, además, el Rosario como plantel de estudios humanísticos se complementa de nuevas facultades de economía y medicina. El Rosario, en los últimos años, se inclina hacia las nuevas ciencias sin perder la tradición antigua.

Castro Silva deja en la literatura nacional obras de una singular y rara pureza de estilo. "Prólogo y Epílogo de Don Quijote" es, para nosotros, la más original y perfecta de sus obras, donde iguala la prosa cervantina y penetra como solo han podido hacerlo los eruditos españoles, en la vida y enseñanza de don Alonso Quijano, Caballero de la Triste Figura y de los Leones, amante de Dulcinea y señor de Sancho Panza. La gracia y el estilo de la obra de Castro Silva son una de las joyas de la literatura colombiana.

La Iglesia colombiana, la Nación y los incontables rosaristas de varias generaciones se inclinarán en los próximos días ante el sepulcro de un varón egregio, eximio maestro y orador, purísimo escritor castellano. Los himnos del solemne funeral dirán las gracias a la Providencia por habernos permitido conocer a tan ilustre ciudadano.

## EL COLEGIO DEL ROSARIO Y LA PATRIA

(Palabras de introducción a la lectura de las páginas escogidas de Monseñor Castro Silva en la Escuela Superior de Administración Pública).

Por Guillermo Nannetti Concha

En las grandes crisis espirituales, el hombre vuelve instintivamente los ojos al pasado y evoca los manes de sus padres. Es el momento en que recurre al patrimonio cultural de la estirpe, a las calidades de la tradición familiar, para afrontar el reto del presente.

También los pueblos, en sus horas cruciales, buscan el alero de la historia.

Ese reexamen, a veces angustioso, de las tradiciones nacionales, no es simple apelación a un pasado que canceló sus cuentas con su tiempo. Por el contrario, es una invocación a lo que Bolívar llamaba el "Genio de la Nacionalidad". Es un buceo en las esencias que constituyen el propio ser histórico, y ese llamado a los próceres no inquiere tanto lo que ellos realizaron cuando lo que harían ellos —los forjadores del alma nacional— ante la circunstancia del presente.

Este sentido dinámico de la historia —que esculpe los mitos históricos en el alma de las muchedumbres— acompaña a los pueblos que son algo más que conglomerados y que se constituyen en naciones.

Para los países que hoy se califican de subdesarrollados, porque no han alcanzado altos estadios de la producción industrial, esta búsqueda del íntimo ser nacional es condición ontogénica de supervivencia.

La Revolución de las Expectativas Crecientes —signo de nuestro tiempo— sorprende a estas naciones en un período de transición de la economía agraria y pastoril a la portada de la industria. Y ante la marejada del cambio social, ante la insurgencia de los pueblos que claman por una vida mejor, trepidan las instituciones y los valores morales que constituyen el sillar y la columna, y el arco toral y la cúpula orgullosa, y el friso y el decoro de esa construcción espiritual de las generaciones que denominaron la patria.